

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

ADICCIONES TÓXICAS

CAPÍTULO 2: EL COMIENZO INCIDENTAL (PARTE II)

HÉCTOR LÓPEZ

hectorlopezvd@gmail.com

Adicciones tóxicas. Capítulo 2: El comienzo incidental (parte II)

Nota editorial

Héctor López nos presenta un minucioso ensayo acerca de las adicciones. En este caso, el autor ha seleccionado un artículo perteneciente a su recientemente publicado libro *Las adicciones tóxicas, clínica de los recursos del sujeto*. (Editorial EUDEM, 2022). Aquí despliega la noción de las adicciones en tanto búsqueda de placer que se adhiere a la tenacidad de las pulsiones precipitándose en el terreno siempre doloroso del goce. Abandona la pendiente menor que el placer representa desembocando en un goce autoerótico, unificante y no mediatizado. Una solución precaria que esquivo los tributos pagados por la represión evitando el desfiladero significativo, es decir se prescinde de la mediación metonímica y metafórica. El autor establece, a partir de los conceptos freudianos y lacanianos, las diferenciaciones entre la búsqueda del alivio por la vía del placer y la de los “quitapenas”. También nos conduce por el estudio de las pulsiones, en tanto concepto fundamental para la investigación de las adicciones. Agradecemos al autor su generoso aporte a nuestra revista.

Palabras clave: Adicciones tóxicas; goce; placer; comienzo incidental; pulsión.

Toxic addictions.

Editorial Note:

Héctor López presents us with a detailed essay about addictions. In this case, the author has selected an article from his recently published book *Toxic addictions, clinics of the subject's resources*. (EUDEM Publishing House, 2022). Here he displays the notion of addictions as a search for pleasure that adheres to the tenacity of the drives, rushing into

the always painful terrain of jouissance, abandoning the lesser slope than the pleasure represented, ending in an autoerotic, unifying and unmediated jouissance. A precarious solution that dodges the taxes paid by the repression by preventing the significant defile the metonymic and metaphorical mediation is dispensed with. The author establishes, from the Freudian and Lacanian concepts, the differentiations between the search for relief through pleasure and that of the "pain-relief". It also leads us through the study of drives, as a fundamental concept for the investigation of addictions. We thank the generous author for his contribution to our journal.

Key words: Toxic addictions; jouissance; pleasure; incidental beginning; drive.

Reseña curricular:

Psicoanalista. Licenciado y profesor en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Doctor en Psicología, Universidad de Belgrano, Argentina. Profesor titular regular y director de la Maestría en Psicoanálisis en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesor titular en la Maestría en Psicoanálisis y en el Doctorado de la UBA en la Facultad de Psicología. Autor de los siguientes libros: Psicoanálisis: un discurso en movimiento, Biblos, Buenos Aires, 1994; Las adicciones sus fundamentos clínicos, Lazos, Buenos Aires, 2003; Lo fundamental de Heidegger en Lacan, Letra Viva, Buenos Aires, 2005; La instancia de Lacan, Editorial Universitaria de Mar del Plata (EUDEM), 2010; Las adicciones tóxicas, clínica de los recursos del sujeto, Editorial Universitaria de Mar del Plata (EUDEM), 2022.

Adicciones tóxicas¹. Capítulo 2 El comienzo incidental (Parte II)

5. La droga, o el objeto tecnológico, pero no cualquiera, es aquél que tiene la propiedad de sustituir a la *cosa* perdida (*Das Ding*); se presenta ante el sujeto cargada con promesas de goce, tentando, como la serpiente a Adán y Eva con un engaño mágico: “seréis como dioses”.

Sólo que ese goce, –como lo sucedido a Adán y Eva– señala Lacan (1995; p.17): “linda con el dolor”, por lo cual aconseja “una distancia muy respetuosa con respecto del goce”. Y agrega: “Incontestablemente hay goce en el nivel donde comienza a aparecer el dolor, y sabemos que es sólo a ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada.” (p. 95)

Redobla su advertencia en la Conferencia de Lovaina (p. 14):

De todos modos, hay algo que queda al margen, esto es que el goce es imposible y todo lo que él demuestra en el comportamiento humano es que si hay algo para lo cual está hecha la conducta humana es para defenderse del goce. El principio del placer es la pendiente del menor goce.

Pero, por muy diseñada que esté la conducta para defenderse del goce, el adicto carece de los recursos para tal operación defensiva; y el comienzo incidental, momento en que el goce del *flash* tóxico se sobrepone al dolor, es el señuelo que esconde y a la vez anuncia la caída y el retorno del dolor.

¹ * El presente texto forma parte del reciente libro de Héctor López, “*Las adicciones tóxicas, clínica de los recursos del sujeto*”, Ed. EUDEM, Mar del Plata, 2022, de donde ha sido extraído especialmente para su publicación en la Revista *El Hormiguero* con autorización del autor.

Charles Baudelaire ha pensado, según nos dice Denis de Rouyemont, “la frase más profunda de un moderno sobre Satán: La más hábil de las astucias del diablo consiste en convencernos de que no existe.” (1983, p.13)

Y es así, bajo el imperio de este desconocimiento, que se disfruta alegremente del goce de la intoxicación, hasta que el diablo muestra su cara. Es muy propio de nuestra época, llamada por Muray “la era de la festividad” en *Après l’histoire*.

Tomás de Quincey (2022), ya mencionado aquí, narra su encuentro con el opio diciendo que de ninguna manera estaba en su intención entregarse de forma prolongada a esa práctica por el mero deseo de crear un estado artificial de excitación placentera, sino que, a sus 19 años, una mañana del otoño de 1804 se despertó con intensísimos dolores reumáticos en la cabeza y el rostro que no le dieron tregua a lo largo de más de veinte días. En ese estado salió a la calle, más para intentar alejarse de sus tormentos que con ningún objeto definido.

Y escribe en sus *Confesiones*...:

Quiso el azar que tropezase con un conocido de la Universidad que me recomendó el opio. ¡Opio! ¡Agente mortal de placer y gozo inimaginable! Para volver a casa tenía que pasar por Oxford Street donde vi una droguería. Al droguero, ¡inconsciente ministro de placeres celestiales!, le pregunté por la tintura de opio², me la dio como lo hubiera hecho cualquier otro hombre.

Llegado a mis habitaciones tomé aquella porción en las peores condiciones. Pero la tomé... y al cabo de una hora, ¡Oh! ¡Cielos! ¡Qué

² De Quincey tomaba casi siempre el opio en forma de láudano, tintura de opio en alcohol. Esa era su forma farmacéutica más corriente en la época.

revulsión!, ¡Qué erupción del espíritu interior desde sus más escondidas profundidades! ¡Qué apocalipsis conocía el mundo dentro de mí! Era ya para mí una minucia el que hubiesen desaparecido los dolores... Aquel efecto negativo quedaba sepultado por la inmensidad de los efectos positivos que había desplegado ante mí, en el abismo del gozo divino tan repentinamente revelado. Ahí tenía una panacea, el *pharmakon nepentés*³ para todos los deseos humanos; el secreto de la felicidad sobre el que tanto tiempo discutieran los filósofos sin encontrarlo, hallado súbitamente. La felicidad podía comprarse por un penique y se podía llevar en el bolsillo del chaleco, en una botella de medio litro cabían éxtasis portátiles...” (p. 18-19).

Pero, quien comenzó con el opio como un remedio contra el dolor y receta de la felicidad, dedica toda la segunda parte de su libro a “Los dolores del opio”, donde narra su creciente adicción y su progresivo deterioro.

Me he extendido en la cita porque ella resulta ejemplar en cuanto a lo contingente del encuentro inicial con la droga y su funcionamiento como analgesia del dolor cualquiera sea su origen, tanto físico como psíquico e incluso como “dolor de existir”, anticipando, muy tempranamente, la teoría freudiana presente tanto en sus *Escritos sobre la Cocaína* como en *El malestar en la cultura* y otros artículos.

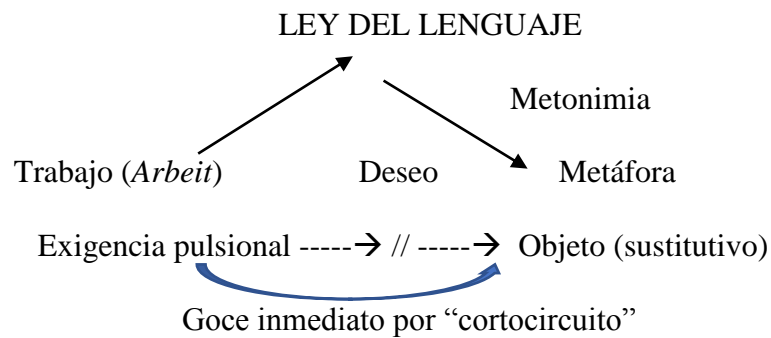
En este sentido la intoxicación produce sensaciones de placer, no es necesario negarlo; pero mientras tanto, usufructúa la tendencia pulsional del sujeto a adherirse tenazmente a un objeto que comienza a mostrar su cara siniestra cuando el placer va

³ Traducción del griego: “droga calmante” (el quitapenas freudiano).

cediendo a la pura compulsión de apagar un estado de dolor y ansiedad que se conoce como “estado de abstinencia”. En ese estado el adicto es capaz de la conducta más antisocial o peligrosa para hacerse de la siguiente dosis.

La droga química, como también todos los objetos tecnológicos llamados *smart*, tienen la “inteligencia” de su propiedad esencial: estar diseñados para producir un goce autoerótico, inmediato y unificador (el mismo para todo y para todos).

Ilustraremos la dinámica de esta estructura con el gráfico siguiente:



Este gráfico expresa el trabajo indirecto que debe realizar la exigencia pulsional que, teniendo coartado el trayecto directo hacia el objeto debido a la represión originaria, se ve forzada a dirigirse hacia el Otro del lenguaje, sujetarse a su ley y transitar un camino que exige un trabajo (*arbeit*). Por lo tanto, la exigencia que pesa sobre la pulsión es, antes que de satisfacción, de transformación de su carga energética real (Q) en un deseo, lo cual requiere de la tramitación por el lenguaje, y por ese rodeo acceder al objeto de satisfacción. Por supuesto que el objeto al que se accede ya no es “la cosa” del punto de partida pulsional. La cosa (*Das Ding*) ha quedado perdida bajo la barra del “desfiladero del significante”. La parte inferior del gráfico ilustra la

imposibilidad (//) del acceso directo de la pulsión al objeto de satisfacción real, en la medida que se interpone la “represión primaria” instalada en la estructura como “sello de origen” del sujeto. Este arduo derrotero permite el acceso a un plus de goce como resto del recorrido pulsional. Dicho plus es el que sostiene vivo al deseo bajo la instancia de la castración, es decir de la aceptación de la imposibilidad del goce y de la exigencia de trabajo impuesta a la pulsión para transformar su fuerza bruta en deseo.

Las pulsiones que acosan al sujeto desde ese exterior-interior topológico del aparato psíquico, están destinadas, ya que no a la satisfacción, sí entonces a su transformación para constituir la organización de lo inconsciente; nos encontramos entonces con dos condiciones de la satisfacción humana: la aceptación del “tributo a la represión” (Freud, 1968; p.1037) exigido a todo hombre por la ley del Otro que la cultura representa, y el trabajo de hacer pasar la exigencia pulsional por el “desfiladero del significante” en pos de alcanzar un objeto inevitablemente sustitutivo, apto para “ser elevado a la dignidad de la cosa”. Es lo que Freud llamó la “exigencia de trabajo”⁴ que grava al aparato anímico en su relación con la pulsión.

6. Pues bien, ese recorrido complejo es el que el adicto tiene dificultades para realizar. Carece de los recursos simbólicos para hacer frente al empuje de la exigencia pulsional (Drang), que, por ser tal, no es calmada por ningún símbolo ni proceso de discurso y solo busca encontrar un objeto real de beneficios poderosos e inmediatos, como ya lo vimos en el testimonio de Tomás de Quincey. No existe otro mejor para

⁴ Freud S., “Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la “exigencia de trabajo” (*Arbeit*) que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.” (“Las pulsiones y sus destinos”, *op. cit.*, (1915), Tomo I, 1037.

esos fines, dice Freud en *El Malestar en la cultura*, que las sustancias tóxicas, que no solamente cancelan el dolor, sino que producen sensaciones placenteras y voluptuosas.

Esta solución no tiene la estabilidad del símbolo, sino la precariedad de los efectos químicos sobre el cuerpo, desde pocas horas en el caso de los opiáceos hasta un día completo en el caso de ciertas drogas vegetales o el LSD. Esta intensa experiencia de “solución” inmediata por cortocircuito, que suspende la necesidad de recorridos simbólicos, llega incluso a desplazar a las satisfacciones del sexo y del amor. Se produce así una rápida fijación pulsional a la droga que reduce a un mínimo el espectro de los intereses y deseos del sujeto.

Una vez producida la captura, queda anulada toda exigencia de trabajo y prima la exigencia de satisfacción, que en un círculo más amplio es el rasgo predominante del comportamiento moderno. Se deja de lado la mediación y el recorrido por la “carretera principal” del lenguaje que nos ofrece alcanzar el goce por el desvío metonímico de la ley del deseo. Parafraseando a Heidegger diremos que el adicto es un ser de prisa, el deseante es un ser de espera. El adicto se conforma con encontrar la “solución” al dolor, pero no produce ninguna metáfora para alcanzar la “satisfacción”.

Es notable la agudeza de Freud para hacer del goce positivo y de la evitación negativa del dolor una misma cosa, noción básica para entender el valor de la intoxicación: “Existen ciertas sustancias extrañas al organismo cuya presencia en la sangre o en los tejidos nos proporcionan directamente sensaciones placenteras modificando además las condiciones de nuestra sensibilidad de manera tal que nos impiden percibir estímulos desagradables.” (1968, p. 12).

La sensación placentera (en este caso, el goce) es el efecto del bloqueo, que producen las drogas, “a los estímulos desagradables”, o sea a todo tipo de dolor o exigencia. Lo cual ha llevado a Giulia Sissa a decir: “¡Qué ironía, la felicidad es negativa!” (1998, p.39). En efecto, se trata de una felicidad por bloqueo y no por apertura.

Y en lo que sigue de la cita freudiana viene lo importante: “Ambos efectos no sólo son simultáneos, sino que también parecen estar íntimamente vinculados.” (p. 12)

La “íntima vinculación”, es precisamente el núcleo de la paradoja: el goce no es otra cosa que el efecto de haber dejado de percibir los estímulos dolorosos que vienen de la imposibilidad de satisfacer la pulsión. Acotemos que siempre que Freud habla de “sensaciones placenteras” se refiere a la sexualidad, reforzando así el vínculo entre las sensaciones sexuales y las producidas por el *flash* tóxico, cuestión que desarrollaremos en el capítulo 7.

7. La intoxicación con drogas va transformando la ilusoria experiencia de goce orgásmico del comienzo incidental en una búsqueda desesperada de una solución para el dolor de existir en la falta de satisfacción, que se agudiza en los estados de abstinencia de la droga complicando la armonía del cuerpo.

Y la desilusión, como la del novelista norteamericano William Burroughs, sobreviene cuando advierte que:

[...] el placer de más era, desde el principio, sufrimiento de menos [...]

He experimentado la agonizante privación de la enfermedad de la droga, y el placer del alivio cuando las células sedientas de droga beben de la aguja. Quizá todo placer sea alivio”. (p.22)

Resulta claro aquí que goce y alivio son una misma experiencia, ...se goza del alivio. ¡Freud tenía razón!

Lo que cae, en verdad, es lo que he llamado “el mito individual del adicto”: la creencia de haber alcanzado un goce orgásmico, de haber ingresado al “paraíso artificial” de Baudelaire donde sólo reinan los placeres divinos, ocultos al común de los mortales. Por supuesto que Freud ha echado por tierra ese mito con su teoría del placer como la reducción de la tensión psíquica a un nivel soportable y no mucho más. “Somos felices, dice, cuando hemos logrado huir del sufrimiento.” (Freud, p.12)

Al adicto se le enseña una vez, y otra vez, lo que ocurrirá si no reúne lo suficiente para la próxima ración de droga. Consiga el dinero, porque de lo contrario... Y de pronto mi hábito comenzó a dar saltos. Cuarenta, sesenta gramos diarios. Y tampoco me bastaba... Y no podía pagar [...]
(p.11).

O, en el caso de De Quincey, ocho mil gotas de láudano por día.

En su extraordinario libro sobre toxicomanías, uno de los mejores a mi criterio, Giulia Sissa recoge un testimonio clínico que es el prototipo de todo inicio incidental en la toxicomanía:

El trayecto construido por Christiane⁵ vuelve a aparecer, como un mismo montaje narrativo en muchos otros relatos. David cuenta:
Recuerdo haber probado (la heroína) un poco como un aprendiz de

⁵ Sissa Giulia, *El placer y el mal. Filosofía de la droga*. Ed. Manantial, Buenos Aires, 1998, pág. 28. La autora toma esta referencia del siguiente libro: Kai Hermann y Horst Rieck: *Christiane F. 13 años, drogadicta y prostituta*, basado en la historia real de la adolescente que se conoce como “la adicta a la heroína más famosa de Europa”. (Versión cinematográfica en <https://www.youtube.com/watch?v=HZxsKlBukT4>). Reeditado en 2015 en Argentina como: *Christiane F., Yo, Christiane F., trece años, drogadicta*, Emecé (Grupo Editorial Planeta), Buenos Aires, 2015.

brujo, durante un período de bajón, cuando tenía diecisiete o dieciocho años. Aparte del placer de lo prohibido y de la sensación agradable de obnubilarme, la registré como algo poco especial dentro de la vida que hacía en esa época [...] porque la heroína se mezcla con otros hechos y gestos de mi adolescencia. Y después de una interrupción importante, — prueba, por supuesto, de que no está enganchado-, pasó lo que tenía que pasar: con una intención deliberada, para aguantar mejor el laburo, David decide picarse regularmente. Tres meses más tarde, el suplemento de felicidad, la “varita mágica” ha dado lugar a la necesidad de medio gramo diario, ya no para embellecer la rutina de la labor cotidiana, sino para seguir estando presentable y conservar el control de su cuerpo. Objetivo mínimo: ni siquiera estar más presentable, o mejorar el control del cuerpo. Simplemente impedir el derrumbe, retener lo que queda: restos de vida. (p. 28-30)

8. Finalmente, si hay algo que el terapeuta o analista dedicado a las toxicomanías no debe olvidar es la imposibilidad estructural del acceso al objeto de la satisfacción, y eso también es parte de la “condición humana”. Pero el adicto reniega de esa imposibilidad y crea la fantasía del acceso a un goce más allá de los límites que impone la represión, un goce por fuera del goce fálico. El analista, a su vez, no debe olvidar la diferencia entre el “objeto” y la “cosa” perdida, ni tampoco entre la “solución” y la “satisfacción”.

Pero, se dirá, también está escrita en la “condición humana” la necesidad de sustituir la cosa imposible por un objeto “a la mano” con carga libidinal. ¿Cómo no

asentir a esa objeción si es casi el fundamento de la teoría psicoanalítica desde Freud? Es él mismo quien dice: “En realidad no podemos renunciar a nada, no hacemos más que cambiar unas cosas por otras. Lo que parece ser una renuncia es en realidad una sustitución o una subrogación.” (p.1057)

De acuerdo a estas ideas podemos ya fijar un principio básico: en el análisis orientamos al paciente hacia la posibilidad de la sustitución y no al castigo de la renuncia, que siempre tiene los días contados. El hombre normal, es decir el neurótico, dispone de una batería amplia de recursos simbólicos para entenderse con la “abstinencia estructural” del objeto de goce. El adicto carece de ellos y su capacidad de sustitución se limita a la fijación de la libido a ese objeto endiabrado que es la sustancia tóxica. El pasaje al acto es aquí una especie de cortocircuito para obtener el goce sin mediación metonímica y sin metáfora. Ese cortocircuito consiste en pasar de lo real de la necesidad a lo real de los efectos tóxicos. Llegado a ese punto, el analista se encuentra con grandes dificultades para introducir una mediación simbólica, cuyo principal indicio sería la instalación, o al menos la disposición, a la transferencia analítica.

Referencias:

- Burroughs, W. (2003) Almuerzo desnudo. Buenos Aires: Editorial Leviatán.
- De Rougemont, D. (1983), La parte del diablo, Barcelona: Editorial Planeta.
- De Quincey, T. (2022) Confesiones de un opiómano inglés, Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1980) Escritos sobre la Cocaína. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Freud, S. (1968) El poeta y la fantasía. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud S., (1968) Lo inconsciente. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1968) El malestar en la cultura. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

Lacan, J. (1981) Conferencia de Lovaina. (13/07/1972). La lettre mensuelle de l'École de la cause freudienne, nro. 3, pp. 5-20.

Lacan, J. (1995) Psicoanálisis y medicina. Intervenciones y textos. Buenos Aires: Manantial.

Muray, P. (2007) Après l'histoire. París: Gallimard.

Sissa, G. (1998) El placer y el mal, filosofía de la droga. Buenos Aires: Ediciones Manantial.